

Agatha Christie®

ASESINATO EN EL CAMPO DE GOLF



Un misterio que llevará
a **HÉRCULES POIROT**
a Francia



ESPASA

AGATHA CHRISTIE

ASESINATO EN EL CAMPO DE GOLF

Traducción de Alberto Coscarelli



The Murder on the Links © 1923 Agatha Christie Limited. All rights reserved.

AGATHA CHRISTIE, POIROT and the Agatha Christie Signature are registered trademarks of Agatha Christie Limited in the UK and elsewhere. All rights reserved.

www.agathachristie.com

Agatha Christie Roundels Copyright © 2013 Agatha Christie Limited. Used with permission.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustraciones de la cubierta: © Ed

Agatha Christie

Traducción de Alberto Coscarelli © Agatha Christie Limited. All rights Reserved.

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.

Primera edición: julio de 2023

ISBN: 978-84-670-7061-3

Depósito legal: B. 11.362-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Capítulo 1

UN COMPAÑERO DE VIAJE

Creo que existe una anécdota muy popular referente a un joven escritor que, decidido a que el comienzo de su relato tuviera la originalidad y la garra necesarias para atrapar y mantener la atención del más duro de los editores, acuñó la siguiente frase: «“¡Puñetas!”, dijo la duquesa».

Por extraño que parezca, mi relato comienza más o menos en la misma línea. Solo que la dama que pronunció dicha palabreja no era una duquesa.

Era un día a principios de junio. Había atendido algunos asuntos en París y regresaba a Londres, donde aún compartía habitaciones con mi viejo amigo Hércules Poirot, exdetective de la policía belga, en el primer tren de la mañana.

El expreso de Calais llevaba muy poco pasaje; la prueba era que en mi compartimento solo había otro viajero. Me había marchado del hotel con cierta prisa y estaba comprobando que no me había dejado nada cuando el tren se puso en marcha. Hasta entonces, ni siquiera me había fijado en el otro ocupante, pero algo totalmente ines-

perado me recordó su presencia. Se levantó del asiento, bajó la ventanilla y asomó la cabeza, para después retirarla al tiempo que soltaba un elocuente: «¡Puñetas!».

Reconozco que soy una persona anticuada. Considero que una mujer debe ser femenina. No soporto a esas chicas modernas y neuróticas que no paran quietas ni un momento, fuman como carreteros y utilizan un lenguaje que ruborizaría a una verdulera.

Levanté la cabeza, frunciendo el entrecejo, y me encontré con un rostro bonito e insolente, coronado por un atrevido sombrero rojo. Los rizos negros le ocultaban las orejas. Calculé que tendría unos diecisiete años, pero llevaba el rostro muy maquillado y se había pintado los labios de un rojo subido.

Me devolvió la mirada con todo descaro y en su rostro apareció una mueca muy expresiva.

—¡Vaya, he escandalizado al gentil caballero! —comentó, dirigiéndose a un público imaginario—. Me disculpo por mi lenguaje tan poco femenino y toda esa monserga. Pero, oh, Señor, tengo razones más que suficientes. ¿Sabe usted que he perdido a mi hermana?

—¿Sí? —contesté amablemente—. ¡Qué desafortunada!

—¡Usted me desaprueba! —proclamó la dama—. ¡Me desaprueba total y absolutamente, y también a mi hermana, pero esto es algo muy injusto porque ni siquiera la ha visto!

Abrí la boca, pero no me dio oportunidad de pronunciar ni una palabra.

—¡No diga nada! ¡Nadie me quiere! ¡Me iré a un rincón del jardín y comeré tierra con lombrices! ¡Buah! ¡Estoy desolada!

Se ocultó detrás de un periódico francés. Al cabo de un par de minutos, vi que sus ojos me espían. No pude evitar una sonrisa y, casi de inmediato, arrojé el periódico sobre el asiento y estalló en una alegre carcajada.

—¡Sabía que no era usted tan muermo como parecía! —afirmó.

La risa era tan contagiosa que me uní a ella, aunque no me había hecho mucha gracia que me llamara «muermo».

—¡Ya está! ¡Ahora ya somos amigos! —declaró la chiquilla—. Diga que lamenta lo de mi hermana.

—¡Estoy desolado!

—¡Buen chico!

—Déjeme acabar. Iba a añadir que, a pesar de estar desolado, puedo tolerar su ausencia perfectamente bien. —Hice una gentil reverencia.

Pero la imprevisible damisela frunció el entrecejo y negó con la cabeza.

—Corte el rollo. Prefiero el numerito de la «digna desaprobación». Tendría que haberse visto la cara. «No es uno de los nuestros», decía. Y tenía toda la razón, aunque en la actualidad eso sea algo difícil de juzgar. No todo el mundo es capaz de distinguir a una zorra de una duquesa. Vaya, creo que lo he vuelto a escandalizar. Supongo que a usted lo debían de tener guardado en un armario. No es que me importe. No nos vendrían mal algunos más de su clase. Detesto a los tipos que se pasan de frescos. Me ponen furiosa.

Negó con la cabeza vigorosamente.

—¿Cómo es usted cuando se enfada? —pregunté sonriendo.

—¡Un diablillo de tomo y lomo! ¡No me importa lo

que digo ni lo que hago! Una vez estuve a punto de cargarme a un tipo. Sí, de verdad. Se lo merecía.

—Entonces no se enfade conmigo —le rogué.

—No lo haré. Me gusta. Me cayó bien desde el primer momento, aunque nunca pensé que pudiéramos llegar a ser amigos.

—Pues ya lo somos. Hábleme de usted.

—Soy actriz. No, no de la clase que está pensando. Llevo en los escenarios desde que tenía seis años. Volteretas.

—¿Cómo ha dicho? —pregunté intrigado.

—¿Nunca ha visto actuar a acróbatas infantiles?

—¡Ah!

—Nací en Estados Unidos, pero he pasado la mayor parte de mi vida en Inglaterra. Ahora tenemos un nuevo espectáculo...

—¿Tenemos?

—Mi hermana y yo. Bailamos, cantamos, hacemos un poco de zapateado y alguno de los más clásicos números acrobáticos. Es una idea bastante original y al público le gusta. Se puede ganar una buena pasta.

Mi nueva conocida se inclinó hacia delante y continuó hablando volublemente, aunque muchas de sus palabras eran del todo ininteligibles para mí. No obstante, fui consciente de que cada vez aumentaba mi interés. Había en ella una curiosa mezcla de niña y mujer. Parecía conocer muy bien cómo era el mundo y ser capaz, como había dicho, de cuidar de sí misma. Sin embargo, había algo curiosamente ingenuo en su actitud ante la vida y su apasionada determinación por salir adelante.

Pasamos por Amiens. El nombre despertó en mí una multitud de recuerdos. Mi compañera pareció adivinar intuitivamente lo que pasaba por mi mente.

—¿Piensa en la guerra?

Asentí.

—¿Participó en los combates?

—Así es. Me hirieron y, después de la batalla del Somme, me licenciaron definitivamente. Ahora soy algo así como el secretario privado de un parlamentario.

—¡Vaya! ¡Para eso hay que tener muy buena cabeza!

—No tanto. Hay muy poco que hacer. Por lo general, un par de horas al día son más que suficientes. Es un trabajo muy aburrido. La verdad es que no sé en qué ocuparía mis horas de no tener otra cosa.

—¡No me diga que colecciona insectos!

—No. Comparto un apartamento con un hombre muy interesante. Es un exagente de la policía belga. Ahora se ha instalado en Londres como detective privado y le va extraordinariamente bien. Es un hombre maravilloso. Una y otra vez ha demostrado estar en lo cierto cuando toda la policía se había dado por vencida.

Mi compañera me miraba con los ojos muy abiertos.

—Eso es fantástico. Me encantan los crímenes. No me pierdo ni una sola película policiaca, y cuando se comete un asesinato, me leo todos los periódicos.

—¿Recuerda el caso Styles?

—Déjeme ver. ¿Tenía algo que ver con una vieja a la que envenenaron? ¿Fue en algún lugar de Essex?

—Ese fue el primer gran caso de Poirot. Sin duda, de no haber sido por su intervención, el asesino hubiera escapado impune. Fue un asombroso trabajo de investigación detectivesca.

Entusiasmado con el tema, le relaté los detalles principales del caso hasta llegar al inesperado y exitoso final.

La muchacha me escuchaba fascinada. La verdad es

que nos metimos tanto en la historia que el tren entró en la estación de Calais antes de que nos diéramos cuenta.

Me hice con los servicios de un par de mozos y bajamos al andén. Mi compañera me tendió la mano.

—Adiós. Le prometo que tendré más cuidado con mi lenguaje.

—¿Nos veremos en el barco?

—Quizá no esté a bordo. Primero tengo que averiguar si mi hermana ha embarcado aquí o en alguna otra parte. Pero, de todas maneras, gracias.

—¿Es que no volveremos a vernos? ¡¿Ni siquiera me dirá su nombre?! —grité al ver que se alejaba.

Me miró por encima del hombro.

—Cenicienta —respondió, y se echó a reír.

Poco sospechaba yo cuándo y dónde volvería a ver a Cenicienta.